

## **Patria mestiza. A invencao do pasado nacional mexicano (séculos XVIII e XIX)\***

---

En el libro *Patria mestiza*, Luiz Estevam de Oliveira muestra, en los cuatro capítulos que lo conforman, la manera en que se “inventó” el pasado nacional mexicano entre los siglos XVIII y XIX. Podría argüirse que esta investigación no resulta novedosa en función de que existen numerosos estudios que se han dedicado a escudriñar tal cuestión, pues la construcción de una identidad nacional mexicana se convirtió en una tarea de primordial importancia para los escritores y políticos decimonónicos, sobre todo después de que la intervención norteamericana de 1847 cimbrara los cimientos políticos, sociales, ideológicos y culturales en los que se sustentaba la joven nación. Si bien la temática no es novedosa, sí lo es la forma en que De Oliveira emprende su estudio pues parte de la idea de que el pasado debe ser investigado como un texto culturalmente constituido, es decir, entender los elementos internos y externos que permiten explicar el por qué se eligió determinada manera de representar el pasado y cuáles eran los significados que le daban sentido a las prácticas históricas del momento.

\* Luiz Estevam de Oliveira Fernandes, *Patria mestiza. A invencao do pasado nacional mexicano (séculos XVIII e XIX)*, Paco Editorial, Jundiaí, 2012, 317 pp.

Para lograr este objetivo, el autor brasileño analiza desde escritos históricos hasta obras de arte, alegorías, nombres de calles, estatuas y mapas, es decir, aquellos elementos que Pierre Nora ha denominado los lugares de la memoria y que permiten entender la complejidad de un proceso histórico-discursivo de construcción de un imaginario nacional que debía, en última instancia, revelar una identidad homogénea sustentada en valores simbólicos inmutables, motivo por el cual no debe sorprender que el mestizo se hubiera convertido en el representante de lo mexicano, esto es, el personaje heredero de una cultura homogénea sustentada en tradiciones comunes y que, a decir de algunos escritores de fines del XIX, debía conducir al país por la senda del progreso.

El mestizaje implicaba la recuperación de un pasado indígena idealizado a la vez que la negación de los valores del indígena vivo. La construcción del indígena idealizado no significó la inclusión de todos los grupos, sino que sólo se apeló a los aztecas que se convirtieron en los “verdaderos” representantes de una “nación originaria”, mismos que habían alcanzado un notable grado de desarrollo pero que fueron derrotados a causa de sus

imperfecciones. El que se le otorgara un lugar protagónico a los aztecas, explica De Oliveira, implicaba invertir la lógica de la memoria colonial. La invocación del pasado indígena responde a lo que Mónica Quijada ha denominado el “modelo de construcción étnico o genealógico” de la nación, proceso que, por cierto, no fue único de México sino que formaba parte del proceso de invención de las naciones. El comienzo de la construcción de un pasado indígena idealizado, según el autor, se puede situar en los escritos del jesuita Francisco Javier Clavijero. Éste buscó desvirtuar las crónicas de los primeros religiosos, quienes consideraban que los indígenas americanos eran “barbaros” y “salvajes” por carecer de aquellos atributos que conformaban lo civilizado, esto es, ser cristianos, contar con una educación de alto nivel y tener un gobierno sólido. A fin de defender la idea de que los aztecas eran una sociedad civilizada, el jesuita buscó compararlos con los pueblos de la Antigüedad clásica, circunstancia que le permitió mostrar que no eran inferiores a las más prestigiosas civilizaciones del mundo antiguo. La utilización de la comparación, según De Oliveira, no sólo constituyó una manera de afianzar el imaginario heroico de los indígenas, sino también de menospreciar el legado español, al mismo tiempo que se establecía el lugar discursivo de México en relación con el Viejo Mundo.

De acuerdo con lo anterior, no debe resultar extraño el por qué se puso tanto énfasis en la definición del lugar del que provenían los indígenas americanos, pues ello implicaba colocarlos en la historia universal y consolidar la idea de un pasado glorioso, estrategia que mostraba que los indígenas eran los herederos de aquellos pueblos legendarios que dieron origen a las grandes civilizaciones. La apropiación del idealizado pasado indígena, por parte de la élite criolla de la Ciudad de México, tenía el objetivo de diferenciarlos de los españoles, al mismo tiempo que ésta se presentaba como la heredera de las glorias de las grandes civilizaciones indígenas. Este discurso cristalizó en el pensamiento liberal decimonónico, al grado que se postuló que en la “dinastía azteca” se podía encontrar el inicio de la genealogía nacionalista liberal, misma que convirtió a Cuauhtémoc en el prototipo del indígena que defendió a su “patria” de las agresiones extranjeras.<sup>1</sup> En este punto, es de llamar la atención cómo se construyó la imagen de este personaje que se consideró el último baluarte de la defensa indígena y que, una vez apresado, sufrió martirio por causa de la ambición de los españoles. No resulta extraño que la historiografía

<sup>1</sup> Rogelio Jiménez, “La construcción de las ideas sobre la raza en algunos pensadores mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX”, *Secuencia*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, núm. 59, pp. 75-76.

decimonónica liberal apelara al héroe torturado como el origen de la nación, pues ello significaba darle un mayor dramatismo a los hechos contados dado que se enfatizaba la maldad inherente de los conquistadores, a la vez que se generaba un sentimiento de identidad con el sufriente que dio su vida por los demás. Resulta de particular interés reflexionar en la vinculación que se estableció entre la figura del héroe y el martirio, pues en la escritura histórica decimonónica se pueden rastrear numerosos pasajes en los que se hacía alusión a la trágica muerte de personajes como Santos Degollado, Melchor Ocampo, Leandro Valle o los médicos fusilados en Tacubaya por órdenes de Leonardo Márquez. Este tipo de narraciones dramáticas buscaban afianzar el imaginario nacionalista, en virtud de que se asociaba el sacrificio como la base de consolidación del país.

Otro aspecto que resulta sugerente es el análisis que De Oliveira propone sobre la definición del nombre del territorio mexicano, aspecto que la ya aludida Mónica Quijada denomina el “modelo cívico o territorial” de construcción de la nación. Este asunto, de acuerdo con el autor, constituye una cuestión compleja, pues la definición del patronímico implica alterar la memoria y el adjetivo gentilicio del que deriva, aunque también hay que advertir que existen razones políticas, ideológicas, culturales y hasta religiosas para determinarlo. De acuerdo con

el investigador brasileño, existieron diversas maneras de referirse al territorio que hoy se conoce como México. En principio, Nueva España, nombre otorgado al parecer por Hernán Cortés, que evidenciaba el deseo de establecer una separación con respecto al Viejo Mundo, pero también enfatizaba una relación de pertenencia con el territorio recién descubierto. Los franciscanos, por su parte, lo denominaron Anáhuac aunque los límites de este espacio que abarcaba desde la Ciudad de México hasta Perú y de la Nueva Galicia hacia el Norte. Esta extensión geográfica correspondía a su proyecto de evangelización y a la creación de una nueva sociedad cristiana en América. El que el nombre México definiera cuatro espacios geográficos (la capital, el valle, el arzobispado y la audiencia) ocasionó que comenzara un proceso de asociación entre éste y el territorio de la Nueva España en el siglo XVIII, situación que se puede advertir en los escritos de personajes como Mariano Fernández Echeverría y Veytia, Francisco Javier Clavijero y Juan José de Eguiara y Eguren. Esta situación revela, según De Oliveira, que los criollos adoptaran el territorio ocupado por los aztecas para encontrar otro elemento que sustentara el fundamento genealógico de su identidad, es decir, se realizó una apropiación territorial de la historia. En el México independiente no acabarían las disputas relativas al nombre del país, pues,

como lo indica el autor, no resultaba un hecho menor que se hubieran producido discusiones filológicas, en la segunda mitad del siglo XIX, sobre el uso de la *x* o la *j* para escribir el nombre del país. Lo que se debatía, en el fondo, no era la manera correcta de escribir la palabra sino su significado como nación independiente. En este sentido, no debe extrañar que Manuel Payno advirtiera que la utilización de la *j* representaba una vinculación con el viejo continente, lo que significaba, en última instancia, una pérdida simbólica de la independencia.

La discusión sobre el nombre del país se insertó en un momento en el que se debatía, en otros ámbitos, qué era lo que definía a lo mexicano. Por ejemplo, Ignacio Manuel Altamirano hablaba, junto con otros escritores, sobre la necesidad de crear una literatura propiamente nacional, la cual debía separarse de los modelos provenientes de la tradición española. En la búsqueda de la identidad nacional, las elites letradas apelaron a la idea del mestizaje como un elemento unificador del país. El mestizo, en este sentido, se convirtió en un factor de unidad racial que podía ayudar a lograr la estabilidad del país. De hecho, algunos escritores liberales, sobre todo de la segunda mitad del siglo XIX, pensaban que la asimilación de los diversos grupos raciales ayudaría a consolidar el proyecto civilizatorio del país. Al mestizo se le otorgó un papel central,

pues debía ayudar a la conformación de un nuevo organismo social, tarea que podían conseguir merced a que contaban con los ideales, los conocimientos y el espíritu necesario para transformar a la sociedad mexicana. Los pensadores de filiación conservadora también se mostraban convencidos de que se debió incentivar el mestizaje desde la época colonial, pues la “mezcla” habría acabado con la problemática que vivía la raza indígena, aunque reconocían que no existían las condiciones sociales y culturales, ni en el pasado ni en el presente, para llevarlo a cabo. No obstante, Francisco Pimentel advertía que era una tarea prioritaria lograr la “mezcla biológica” de los blancos con los indígenas, pues sus vástagos tenían mayores posibilidades de integrarse al grupo blanco y, con ello, se garantizaba el fortalecimiento de la civilización mexicana. Un mayor número de mixtos, descendientes de blancos, garantizaría la gradual disminución de los indígenas sin que median actos de violencia o de sufrimiento, opinión que, según De Oliveira, era compartida por los liberales, pues ellos, al igual que los conservadores, consideraban que era necesario consolidar a la nación, entendida ésta como la reunión de hombres con creencias comunes, unos mismos ideales y un fin último a realizar. En este sentido, la homogeneización era una condición para lograr el desarrollo evolutivo.

El bien documentado estudio de Luiz Estevam de Oliveira muestra que la construcción de los imaginarios nacionalistas no es un proceso estático, sino que es el resultado de las prácticas culturales en las que se insertan sus autores. La unión del pasado con el presente buscaba otorgarle legitimidad al proyecto político del grupo que lo elaboraba. Con gran agudeza, De Oliveira logró conjuntar las diversas miradas que conformaron la construc-

ción del pasado mexicano en el siglo XIX, tarea que, como mencioné antes, había sido explorada por diversos historiadores pero sin integrarla en un estudio que mostrara la dimensión de este fenómeno en su totalidad.

*Rogelio Jiménez Marce*  
Instituto de Ciencias Sociales y  
Humanidades,  
Benemérita Universidad  
Autónoma de Puebla